

Colección
Instituto de Estudios Latinoamericanos

HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XX

HELMUT ALTRICHTER
WALTHER L. BERNECKER

HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XX

Traducción del alemán de
León E. Bieber

INSTITUTO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS,
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2014

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

- © Helmut Altrichter y Walther L. Bernecker
- © Título original: *Geschichte Europas im 20. Jahrhundert*. W. Kohlhammer GmbH, Stuttgart, 2004
- © De la traducción: León E. Bieber
- © De los mapas: Peter Palm, Berlín (Alemania)
- © Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Alcalá
- © MARCIAL PONS
EDICIONES JURÍDICAS Y SOCIALES, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 MADRID
☎ (91) 304 33 03
www.marcialpons.es
ISBN: 978-84-9123-175-2

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO	9
PRÓLOGO	11
I. EUROPA HACIA 1900	15
1. EL CORAZÓN DE EUROPA	15
2. ALEMANIA: ¿POTENCIA MUNDIAL O DECADENCIA?.....	29
3. AUSTRIA-HUNGRÍA: ¿DE LA CRISIS PERMANENTE A LA HUIDA HACIA ADELANTE?	31
4. RUSIA: ENTRE REFORMA Y REVOLUCIÓN.....	35
5. LAS GUERRAS Balcánicas: MAL AUGURIO DE LO VENI- DERO	38
6. LAS POTENCIAS OCCIDENTALES Y EL SISTEMA DE ALIANZAS ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.....	40
7. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: EL FINAL DE UNA ÉPOCA	43
II. EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS	55
1. VISIÓN GENERAL.....	55
2. FRANCIA Y ALEMANIA: VECINOS ENEMISTADOS.....	73
3. EL TERCER REICH: TOTALITARISMO Y EXPANSIONISMO.....	93
4. ITALIA: ASCENSO DEL FASCISMO.....	108
5. EUROPA DEL ESTE: EL FRACASO DE LOS REGÍMENES DEMO- CRÁTICOS.....	118
6. ESPAÑA: DEL DESASTRE COLONIAL A LA GUERRA CIVIL	133
7. GRAN BRETAÑA: OCASO DE UNA POTENCIA MUNDIAL	147
8. LA UNIÓN SOVIÉTICA: EL ESTALINISMO	157
9. TRANSFORMACIÓN ESTRUCTURAL DE ECONOMÍA Y SO- CIEDAD	167
10. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: EL FIN DEL PERÍODO DE ENTREGUERRAS	182
III. EL ORDEN DE POSGUERRA	203
1. LAS PIEZAS EN JUEGO	203

	<i>Pág.</i>
2. ALEMANIA: DE LA OCUPACIÓN A LA DIVISIÓN	223
3. FRANCIA: EL CAMINO DIFERENCIAL EUROPEO Y LA RECONCILIACIÓN CON EL VECINO ALEMÁN	234
4. EUROPA: SEGURIDAD Y BIENESTAR MÁS ALLÁ DEL ESTADO NACIONAL	248
5. LA «OTRA» EUROPA: AELC (ASOCIACIÓN EUROPEA DE LIBRE COMERCIO) Y EEE (ESPACIO ECONÓMICO EUROPEO)	265
6. EUROPA ORIENTAL Y LA UNIÓN SOVIÉTICA: LA FORMACIÓN DEL BLOQUE ORIENTAL	272
7. LA GUERRA FRÍA EN EUROPA: ESCENARIOS DE CRISIS	293
8. EUROPA MERIDIONAL: DICTADURAS A LA SOMBRA DE LA POLÍTICA MUNDIAL	319
 IV. EL SURGIMIENTO DE LA «NUEVA» EUROPA.....	 337
1. UN AÑO CRUCIAL.....	337
2. RECONOCIMIENTO DE LAS FRONTERAS MEDIANTE RENUNCIA A LA VIOLENCIA; LA NUEVA POLÍTICA ALEMANA DE APERTURA AL ESTE.....	356
3. A LA BÚSQUEDA DE PRINCIPIOS DE SEGURIDAD Y COOPERACIÓN: EL PROCESO DE LA CONFERENCIA SOBRE LA SEGURIDAD Y LA COOPERACIÓN EUROPEA	366
4. EL REDESCUBRIMIENTO DE LA «EUROPA CENTRAL» EN EUROPA ORIENTAL.....	373
5. EL FIN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA.....	379
6. LA UNIÓN EUROPEA Y SU NUEVO ROL EN EL MUNDO.....	389
7. UNIDAD EN LA DIVERSIDAD: DE LA EUROPEIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN DE LAS FORMAS DE VIDA	408
 CONSIDERACIONES FINALES	 419
 APÉNDICES	
LISTA DE ABREVIATURAS Y SIGLAS.....	429
CRONOLOGÍA	435
BIBLIOGRAFÍA	463
DIRECCIONES DE INTERNET CON REFERENCIA A EUROPA	475
RELACIÓN DE ILUSTRACIONES Y MAPAS.....	477

PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

La versión española del libro *Historia de Europa en el siglo xx* se ha podido realizar gracias al apoyo de muchas personas e instituciones. En primer lugar, queremos destacar a dos personas que se han comprometido a fondo: los profesores Pedro Pérez Herrero y León E. Bieber. La idea de traducir el libro, escrito originalmente en alemán, partió de Pedro Pérez Herrero; a él debemos también el contacto con la editorial y suyo es el mérito de haber allanado cuantas dificultades surgieron en el camino. Sin su ayuda, que le agradecemos profundamente, este libro no se habría publicado. Asimismo, la aportación de León E. Bieber ha sido muy valiosa, pues a él se debe la traducción del texto. Por su parte, Carmen Martínez Gimeno se ha ocupado de su revisión final para adaptarla a las peculiaridades de la lengua de Cervantes.

Agradecemos el apoyo financiero que nos han brindado las fundaciones German-Schweiger-Stiftung y Hans-Frisch-Stiftung, ambas de nuestra universidad de origen, la Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg. Con los fondos que nos proporcionaron pudimos preparar y actualizar esta versión española. Por último, deseamos señalar y agradecer la gran ayuda prestada en todo momento por Heidrun Kuka en la preparación de este libro.

La versión original se publicó en Alemania en el año 2004. Para la edición española hemos reescrito algunos capítulos e integrado los últimos resultados de la investigación histórica, además de ampliar la bibliografía y la cronología. La novedad principal de esta edición es que hemos actualizado el texto para abarcar hasta otoño del año 2013, con lo que se incluye la severa crisis financiera que ha azotado a Europa en los últimos cinco años y que ha obligado a modificar algunas interpretaciones.

En su día, el libro fue bien recibido por la crítica y los lectores de habla alemana. Esperamos que su versión española, elaborada con dedicación y entusiasmo, también sea acogida positivamente en España y América Latina.

Helmut ALTRICHTER / Walther L. BERNECKER
Erlangen-Nürnberg, otoño de 2013

PRÓLOGO

En el umbral del siglo xx Europa se encontraba en el apogeo de su poder y estaba convencida de su potencia, la superioridad de su cultura y la posibilidad de moldear el futuro mundial basándose en la racionalidad y la tecnología. Lo europeo parecía ser sinónimo de modernidad y progreso, de industrialización y urbanización, de bienestar y cultura general crecientes, de la vigencia del Estado de derecho y la participación ciudadana. Como impulsora del desarrollo mundial, Europa también había dejado su impronta en el continente norteamericano e impuesto su dominio en grandes partes del globo, especialmente en las regiones aledañas del continente asiático y del africano.

Pero en el terreno político no se pensaba en categorías europeas comunes, sino en las categorías imperantes del Estado nacional que condujeron a la región a la Primera Guerra Mundial. La industria y la tecnología, poco antes alabadas como avances, convirtieron al continente en el laboratorio de una modernidad pervertida; la capacidad de rendimiento de las economías nacionales devino en una batalla de desgaste a lo largo de cuatro años; la movilización de todas las fuerzas se transformó en la experiencia de una «guerra total» que dejó como secuela millones de muertos, heridos y mutilados, generando sociedades que habían perdido su epicentro, un mundo deshecho que terminó convirtiéndose en la «catástrofe originaria», en el verdadero comienzo del siglo xx como una «época de los extremos» (E. Hobsbawm).

Mirando hacia atrás, la paz solo fue un armisticio a plazo entre vencedores y vencidos. Durante la guerra, en Rusia el zar había sido derrocado y se había proclamado una república socialista de los sóviets, que exhortó a los trabajadores de los demás países europeos a emular a los proletarios rusos y unirse a ellos. Siguió una guerra civil de varios años, que nuevamente costó millones de vidas. Los comunistas consiguieron mantenerse en el poder, declararon la lucha al «Occidente capitalista» y se presentaron como la «gran alternativa» en el camino hacia un futuro mejor, más justo, más pacífico: un futuro comunista. La desintegración de los Imperios ruso, otomano y austrohúngaro posibilitó el surgimiento de una serie de nuevos «Estados nacionales» en el sudeste y el este de Europa central. Aunque se habían concebido como barrera contra la Unión Soviética, estos nuevos Estados se hallaban inmersos en sus propios problemas políticos, económicos y sociales, además de constituir un factor de perturbación debido a que todas las

nuevas fronteras trazadas suscitaban desacuerdo. Las consecuencias económicas de la guerra mundial (inflación y desempleo masivo) agudizaron las tensiones, que culminaron en la crisis económica mundial.

De esta forma, el nacionalismo exasperado permaneció como signo de la época, tanto entre los que consideraban que habían salido perjudicados en los tratados de paz, como —mucho más aún— entre los vencidos en la guerra mundial, a los que guiaba el afán de conocer las razones de su derrota. Aquí, pero también en otros contextos, la burguesía y sus valores basados en la vigencia del Estado de derecho, la libertad de opinión y la participación parlamentaria —cuya paulatina imposición había caracterizado al siglo XIX— quedaron relegados y a la defensiva. Movimientos populistas de masas movilizaron la calle, socavaron los gobiernos parlamentarios e instalaron en el poder regímenes autoritarios, fascistas y nacionalsocialistas. Los instrumentos ideados para contrarrestar estas políticas (como la Sociedad de Naciones, creada después de la guerra mundial) resultaron demasiado débiles para detener la parafernalia de su actuación y, sobre todo, para impedir que la Alemania nacionalsocialista arrastrara a toda Europa a la Segunda Guerra Mundial.

Esta segunda guerra eclipsó con creces a la primera, que ya había sido grande y terrible, por sus ejércitos gigantescos y sus campos de batalla esparcidos alrededor del globo; el empleo de armas de destrucción masiva más móviles y modernas, desde las formaciones de tropas acorazadas, las flotas de bombarderos, los aviones caza de reacción y los cohetes, hasta el lanzamiento de las primeras bombas atómicas; la ideologización de la manera de hacer la guerra, que eliminaba la distinción entre combatientes y población civil; el genocidio organizado y las expulsiones masivas, los ingentes millones de caídos y la cantidad aún mayor de muertos civiles. De la antigua Europa solo quedaron ruinas.

Europa había llegado a su punto más bajo de desarrollo. En otros tiempos centro de la política mundial, ahora se convirtió en una doble periferia dentro de un orden mundial bipolar que tenía a la Unión Soviética y los Estados Unidos como nuevas metrópolis. La línea divisoria pasaba por el centro de Alemania que, como principal responsable de la guerra y el genocidio, había sido ocupada y dividida por la Unión Soviética, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. A medida que el consenso entre las potencias vencedoras se fue disipando en la segunda mitad de los años cuarenta, creció la desconfianza y las tensiones fueron aumentando, la frontera entre la Zona de Ocupación soviética y las tres Zonas de Ocupación occidentales se convirtió cada vez más en una frontera entre «dos mundos»: el mundo de las nuevas «repúblicas populares socialistas» en Europa oriental, con la Unión Soviética como ejemplo y potencia hegemónica, y las democracias parlamentarias de Occidente, cuya economía y sociedad se orientaban hacia modelos de economía de mercado y gozaban del apoyo de los Estados Unidos.

La Doctrina Truman y la fundación de la Kominform expresaron las divergencias irreconciliables; el Plan Marshall y el Consejo de Asistencia Económica Mutua profundizaron el alineamiento político-económico, y la OTAN y el Pacto de Varsovia se encargaron de organizar las respectivas estructuras militares.

En su conjunto, eran la expresión de una confrontación global, de una «guerra fría» de los sistemas, que dominó el desarrollo de posguerra durante décadas, redefiniendo las prioridades políticas en «Oriente» y «Occidente», prefijando las pautas de los discursos públicos y condicionando los modelos de argumentación, totalmente distintos a los modelos, los discursos públicos y las prioridades políticas del periodo de entreguerras. Quien en el Este exigía derechos políticos fundamentales garantizados o bienes de consumo se exponía al reproche de sembrar la discordia, de ser un enemigo del nuevo orden social «antifascista-democrático» y de favorecer «objetivamente» la labor de los revanchistas occidentales; quien planteaba en público cuestiones «nacionales» se hacía culpable de romper un tabú, pues debía considerarse que el socialismo las había resuelto. También en Occidente la nueva constelación ayudó a superar orientaciones «nacionales»: que los vecinos (pese a todas las comprensibles reservas y reparos de seguridad) cedieran a la presión estadounidense y aceptaran la inclusión de la República Federal de Alemania en el Programa Europeo (occidental) de Reconstrucción (PER) fue un paso importante en el camino a la Comunidad Económica Europea (occidental) que surgió con los Tratados de Roma de 1957 y que de manera paulatina se iría ampliando hacia la conformación de una comunidad política. Sin duda, el hecho de que este desarrollo se originara sobre la base de la división de Alemania y que en la constelación política mundial vigente fuera inimaginable la reunificación facilitó el consentimiento de los vecinos occidentales.

Las estructuras europeas creadas de este modo perdurarían incluso cuando las pautas políticas de la guerra fría dejaron poco a poco de marcar los discursos públicos, su fuerza de cohesión se debilitó y se volatilizaron, anunciando el fin del orden de posguerra. A ello contribuyeron muchas causas: un auge económico sin precedentes en Occidente, que proporcionó un bienestar hasta entonces desconocido; un cambio de valores que desplazó el acento en la política a asuntos sociales; el reconocimiento occidental del *statu quo* y las fronteras existentes, lo que junto a declaraciones de renuncia a la violencia ayudó a disminuir, desde fines de la década de los sesenta, los temores existentes; el perseverante intento de acercamiento recíproco, pese a todos los retrocesos, para acordar principios de trato mutuo bajo el reconocimiento de los derechos fundamentales y los derechos humanos, así como del libre intercambio de informaciones, como quedó recogido en el proceso de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea y en el Acta Final de Helsinki en agosto de 1975; finalmente, los movimientos de derechos humanos y el redescubrimiento de «Europa central» en Europa oriental, de un pasado común de Estado de derecho y de participación antes de la gran división. Hay que señalar que la caída de los muros y la apertura de las fronteras a finales de los años ochenta para dar paso a una nueva Europa reunificada solo fue posible gracias a que la potencia líder, la Unión Soviética era muy distinta después de las reformas de Gorbachov, la *glásnost* y la *perestroika*.

Este libro describe los cambios históricos y políticos ocurridos en Europa en el siglo XX, analizando la situación al filo de los dos siglos como el fin del «largo siglo XIX»; el periodo de entreguerras, en el que continuó prevaleciendo la ideología de los Estados nacionales; el orden de posguerra europeo, como parte de un mundo bipolar, y el fin de este orden, con la formación de una «nueva Europa»,

que también puso fin al «corto siglo XX». La edición alemana terminaba con una breve ojeada sobre los años noventa; para esta edición española se ha actualizado el texto y ahora abarca hasta el otoño de 2013, incluyendo la severa crisis financiera y del euro. En este examen final se ha pretendido poner de relieve lo que preocupaba a Europa por entonces y no ha sido posible profundizar en las particularidades de los sucesos. Confiamos en que el lector benévolo sepa disculpar estas omisiones.

CAPÍTULO I

EUROPA HACIA 1900

1. EL CORAZÓN DE EUROPA

1.1. Londres

En junio de 1897 la reina Victoria (1819-1901) conmemoró el sexagésimo aniversario de su ascensión al trono. Su recorrido por la ciudad de Londres, adornada festivamente con flores y festones, se convirtió en una marcha triunfal. Salió del palacio de Buckingham, donde había trasladado su corte en 1837, en un landó descubierto tirado por ocho caballos, escoltado por soldados con pintorescos uniformes y por unidades militares de Canadá y Ciudad del Cabo, de Jamaica y Chipre, de India y Australia, de Singapur y Hong Kong. El cortejo recorrió The Mall, el amplio bulevar desde donde, más allá del parque de St. James, se divisaba Whitehall. Desde allí se gobernaba un imperio mundial con patrimonios en todos los continentes y bases en todos los mares; un imperio literalmente universal que con sus 29 millones de kilómetros cuadrados y sus 397 millones de habitantes era mucho más grande que el resto de Europa. El séquito pasó junto a la plaza de Trafalgar y la columna de Nelson, que recordaban sus victorias sobre los españoles en San Vicente, sobre la flota francesa del Mediterráneo en el Nilo, el bombardeo de Copenhague y, de forma más precisa, la victoria sobre la flota hispano-francesa en el cabo de Trafalgar en 1805. En esa victoria Nelson (1758-1805) fue herido mortalmente, pero se aseguró la supremacía marítima de Gran Bretaña a lo largo del siglo siguiente. El recorrido terminó en la imponente catedral de San Pablo, sede del obispo de Londres e «iglesia parroquial de la Commonwealth británica». Construida entre 1675 y 1710 bajo la dirección de sir Christopher Wren (1632-1723), en ella fue enterrado Nelson junto a varias otras dignidades, incluido el duque de Wellington (1769-1852) que, en su calidad de jefe del cuerpo expedicionario británico en España y Portugal, obtuvo decisivas victorias contra las tropas francesas y en 1815, como comandante de las tropas aliadas, conjuntamente con Blücher (1742-1819), derrotó a Napoleón (1769-1821) en Belle-Alliance (Waterloo).

De este modo, la comitiva llegó al centro burgués de la ciudad, la City of London, donde latía incesante, impetuoso y bullicioso el corazón de la urbe y del im-

perio mundial. Ahí se encontraba la municipalidad (Guildhall), la residencia del burgomaestre, el Banco de Inglaterra, la Bolsa Real (Royal Exchange) y la Bolsa de Valores de Londres (London Stock Exchange). Aparte del mencionado banco, allí también tenían sus filiales toda una serie de bancos regionales y locales (sobre todo en la Lombardstreet), estaban los palacios de los grandes bancos comerciales internacionales (Rothschild, Baring, Gipps) y de las compañías aseguradoras (Lloyds), además de las oficinas y los almacenes de las grandes empresas y las redacciones de los diarios importantes. Allí no se residía: se iba para cumplir con los compromisos laborales como hombre de negocios y finanzas, como banquero, empleado o abogado, y al atardecer se retornaba nuevamente a los suburbios. En la Bolsa de Valores londinense se efectuaban a diario transacciones por diez millones de libras, que comprendían desde obligaciones y letras de cambio de las pequeñas empresas industriales, comerciales y financieras, hasta los valores bursátiles de las grandes sociedades anónimas y de empréstitos públicos. Desde la City se dirigían los flujos de capital, mercancías y servicios, y se gobernaba la flota mercantil más grande del mundo (35.000 barcos) que vinculaba a la madre patria con sus colonias y con el resto del globo terráqueo. Allí se hacían fortunas y también política para evitar peligros o prevenirlos. Allí se aunaban la búsqueda de lucro, el patriotismo y el imperialismo en un modelo exitoso que provocaba imitación y que formaba parte de la era victoriana, al igual que la reina a la que debía su nombre (Schneer, 1999).

El 22 de junio de 1897 la reina anotó en su diario: «Jamás a nadie se ha dispensado semejante ovación como la que recibí cuando recorrí diez kilómetros por las calles de Londres. Increíblemente grande la muchedumbre, fantástico y conmovedor su entusiasmo». Y el mismo día, el primer ministro, lord Salisbury, la felicitaba por el «brillante éxito», que interpretaba como una señal segura «de la vivaz y sincera simpatía [...] que se ha gestado entre la soberana sobre un extenso imperio y sus súbditos en todo el mundo» (Tingsten, 1997: 56 y ss.). Sin duda, Londres, junto a su reina, se festejaba a sí mismo y a la vez al enorme imperio del que era metrópoli. Ninguna de las naciones europeas parecía estar mejor preparada para el futuro que Gran Bretaña. En la competencia internacional ninguna contaba ni remotamente con un imperio colonial semejante, ya fuera como proveedor de materias primas o como mercado de consumo. Con el control sobre Egipto, Nigeria, Benín, Uganda, Kenia, Rhodesia y otros territorios al norte del cabo de Buena Esperanza, el imperio creció con mayor fuerza durante el reinado de Victoria. En ninguna parte de Europa estaban tan avanzados el fundamento del poder exterior y el bienestar interno o la transición del Estado agrario al industrial; en ninguna parte el PIB per cápita era tan grande como en el Reino Unido. Nada mostraba mejor esta diferencia que la comparación con la segunda mayor potencia colonial, Francia, que se había quedado muy rezagada frente a aquel desarrollo. Sin embargo, el país y su capital contaban con otros méritos.

1.2. París

En el año 1900 París organizó por quinta vez la Feria Mundial. Como correspondía a una fiesta centenaria, todo debía ser más hermoso y más grande que

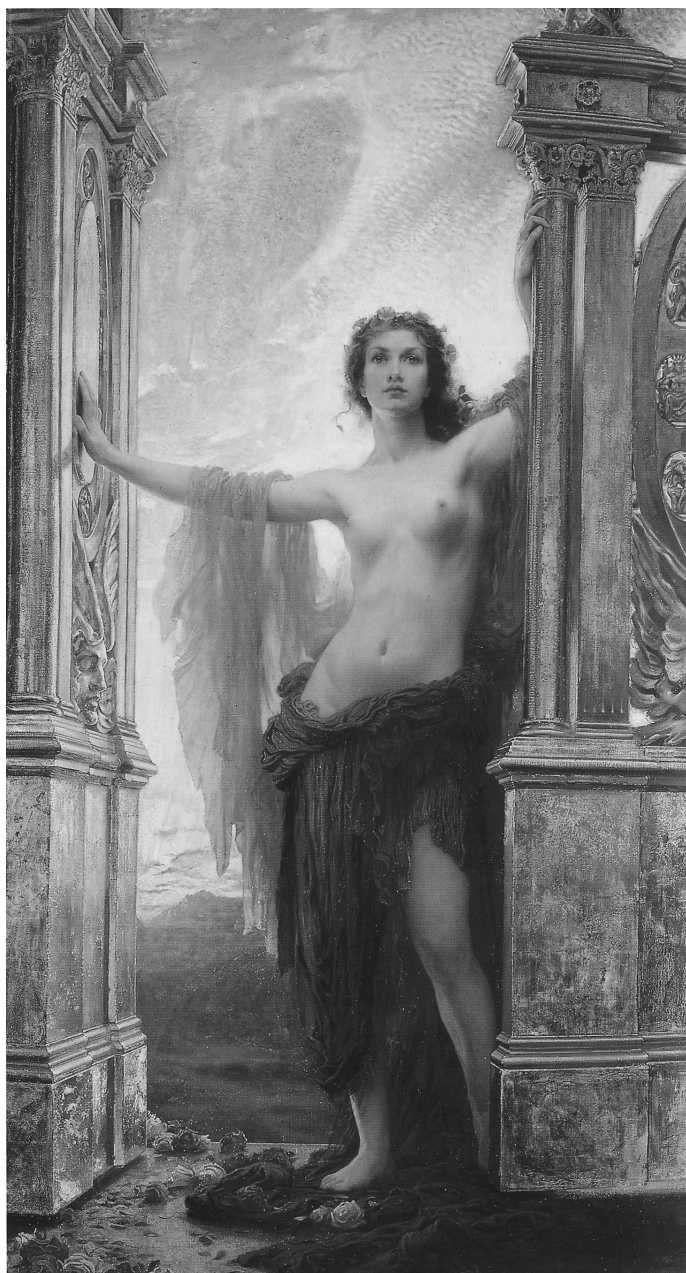


Ilustración 1

La Aurora engalanada de flores abre el «portal del alba» adornado con los emblemas de Apolo y los planetas para anunciar el nuevo siglo. El cuadro del pintor inglés Herbert Draper (1863-1920) del año 1900 deja vislumbrar algo de las esperanzas y expectativas que se asociaban con el inicio del siglo xx.

nunca. Desde Andorra hasta los Estados Unidos, 40 países aceptaron la invitación de Francia para participar. Sobre un recinto ferial de más de un millón de metros cuadrados, de los cuales casi la mitad estaba cubierta por pabellones, un total de 100.000 expositores presentaron en 18 grupos sus objetos y artefactos. El área de la exposición se extendía desde la Place de la Concorde, a lo largo de ambas orillas del Sena, hasta el Campo de Marte y el Trocadero. Si bien la Torre Eiffel y el Pabellón de Máquinas fueron incluidos pese a que habían sido construidos para la Feria Mundial de 1889, la mayor parte de las instalaciones eran nuevas: el Grand y el Petit Palais, así como el conjunto de edificios sobre la Esplanade des Invalides, en los cuales se expusieron obras de arte y artesanía; el nuevo Pont Alexandre III, que unía la orilla derecha con la izquierda del Sena; los pabellones para la exposición industrial levantados en el Campo de Marte y destinados a la industria textil y de vestimenta, a la minería y la metalurgia, a la mecánica y la construcción de maquinaria, a la ingeniería y los medios de transporte, así como a la industria química, por mencionar solo los sectores más importantes, y cuyo culmen fue el espectacular Palacio de la Electricidad. En su conjunto, los objetos de la exposición mostraban la transformación radical que se había obrado en el mundo durante el transcurso del siglo pasado gracias a la fuerza del vapor, las máquinas, la construcción de ferrocarriles y la electricidad, de los que ya no se podía prescindir en la vida cotidiana. Sin embargo, por razones de espacio, «las enormes locomotoras de vapor y eléctricas, los automóviles, las bicicletas, en fin, todo lo que supera el espacio, lo que puede equilibrar los contrastes entre ciudad y campo, así como entre las naciones», tuvieron que desplazarse al parque de Vincennes.

La capital francesa se presentaba como el «escenario de la fiesta más formidable del trabajo jamás celebrada, de la competencia pacífica de todas las naciones en el campo de las artes plásticas, de la ciencia y de la industria», como un «hermoso marco imperecedero del brillante repaso de un siglo que prestó a la humanidad servicios más grandes que cualquier época pretérita» (Kraemer, 1984). Sin que importara si el visitante llegaba en un vapor transatlántico o en coche cama, si continuaba viaje en un carruaje tirado por caballos o con el nuevo tren metropolitano, si ya había reservado hotel y excursiones desde su casa o lo hacía al llegar, el gigantesco parque de atracciones Lunapark ofrecía algo a cada uno: un enorme telescopio con un diámetro de 1,25 metros y 60 metros de distancia focal; el reflector más grande del mundo; un pabellón de máquinas con una amplitud de 105 metros, 420 de longitud y 48 de altura; máquinas de vapor y de dínamo con un rendimiento de miles de caballos de fuerza; escaleras mecánicas que conducían de un piso al otro, y además la presentación de películas, viajes en barcos de vapor por el Sena o en el trenecito eléctrico alrededor del recinto de la exposición. No menos atractivo era lo que ofrecía la ciudad como tal, con sus suntuosas calles, bulevares y avenidas, sus parques y sus jardines, herencia de la modernización imperial emprendida bajo Napoleón III (1808-1873) y realizada por Haussmann, prefecto de París (1809-1891). Grandiosa ya de día, lo era más aún con la iluminación nocturna. Ahí estaban su hotelería y gastronomía, sus lujosos albergues y restaurantes, sus locales con terrazas, sus cafés; la oferta cultural de los teatros, la ópera y el ballet, pero también los cafés concierto, los teatros de variedades y los cabarets, con sus músicos, cantantes,

bailarinas, acróbatas y magos. Todo ello, así como el entorno intelectual y social que lo había creado y lo sostenía, convirtió al París de la Belle Epoque «en la capital cultural que establecía criterio en la moda, el arte y la literatura, además del refinamiento en los placeres de la vida, emulados en todo el mundo» (Willms, 1988: 451). Lo que el visitante en el mejor de los casos intuía era que lo uno estaba estrechamente relacionado con lo otro: que la modernización de la ciudad realizada por Haussmann y sus consecuencias sociales, el desplazamiento de la clase trabajadora hacia la periferia, habían creado las condiciones necesarias para su surgimiento.

Sin embargo, todo esto no logró que se olvidara la derrota contra Alemania en 1870 y la subsiguiente guerra civil en la capital, la represión del levantamiento de la Comuna y las decenas de miles de muertos, apresados y deportados que hubo. Estos acontecimientos continuaron influyendo en las turbulencias políticas; en la permanente crisis de la Tercera República, amenazada desde la izquierda y la derecha; en los conflictos entre republicanos y monárquicos, entre las viejas y las nuevas élites, y en las convulsiones provenientes del nacionalismo, el antisemitismo y el anticlericalismo. Pero los logros culturales expuestos constituían una señal de esperanza de que a la sombra del sufragio universal y del creciente bienestar tal vez fuera posible consolidar la «gran coalición del tercer estamento» y dejar atrás el pasado con la irrupción de la sociedad de consumo y la cultura de masas.

1.3. Berlín

El Berlín oficial festejó el cambio del año 1899 a 1900 con especial pompa. Predominaban las condecoraciones y los uniformes de gala cuando la familia imperial con Guillermo II (1859-1941) a la cabeza, vestido con uniforme de general, se reunió con los príncipes no pertenecientes a casas reales, los chambelanes, los presidentes de ambas cámaras legislativas del Reich y de Prusia, el canciller del imperio y los ministros prusianos, los embajadores y los ministros plenipotenciarios, los agregados militares y los mariscales de campo para asistir a la misa de medianoche en la iglesia de palacio. El capellán mayor de la corte recordó durante la ceremonia cómo los «sueños y anhelos» de conformar el imperio se habían hecho realidad: los alemanes, dijo, a comienzos del pasado siglo eran un «pueblo de pensadores y soñadores» al que se admiraba y era objeto de mofa a partes iguales, entonces habían alcanzado «una organización placentera y agradable» de su vida mediante «empeño», «fuerza» y «espíritu»; y gracias al «descomunal éxito de su comercio» y a la «fuerza unificadora» debida a su técnica, ahora contaba entre «los primeros en la competencia por la conquista espiritual del mundo». Al son del toque de campanas, del estampido de cañones y del sonido de trompetas, los notables se dirigieron seguidamente al Salón Blanco del palacio para el desfile de felicitación por el Año Nuevo ante sus majestades (Salewski, 1971).

Condecoraciones y uniformes dominaron aún más la escena durante la gran fiesta militar celebrada a mediodía en la Armería Real, donde, con motivo del cambio de siglo, se reemplazaron banderas y estandartes desgastados por otros

nuevos y consagrados. Una vez que el preposición castrense hubo realizado la bendición y después de 33 salvas de saludo y un tedeum, el emperador tomó la palabra para expresar a quién se debía agradecer sobre todo la unificación del imperio: a Prusia, a su dinastía y a su victorioso ejército. Y del pasado extrajo una obligación para el futuro: así como Federico Guillermo III (1770-1840) con la introducción del servicio militar obligatorio y Guillermo I (1797-1888) con la reorganización del ejército a pesar de la incomprensión que tuvo que afrontar habían sentado las bases para la unificación, él quería «dar continuidad y llevar a cabo la reorganización» de la flota, a la que designó como «mi marina», porque deseaba que se posicionara al lado del ejército a fin de que también en el exterior el Imperio alemán estuviera en condiciones de alcanzar la posición que todavía no había logrado. A quien no había comprendido el mensaje se lo aclaró con un dicho de Federico Guillermo I (1688-1740): «El que quiera lograr algo en el mundo no podrá hacerlo con la pluma si no tiene a su lado el poder de la espada». Estas palabras ya las conocían los países vecinos de Berlín, que había decidido hacer «política mundial» y exigía obtener también «un puesto bajo el sol». Esta demanda se subrayaba ahora con la construcción de una armada.

No sorprende que el llamamiento imperial «¡A mi ejército!», que fue publicado el 1 de enero de 1900 en la primera página de un número especial del *Diario Oficial del Ejército*, mostrara como encabezamiento la viñeta con la figura de Germania de pie portando escudo y espada frente a una aureola con el año 1900, los castillos del Rin a la derecha y un buque de vapor a la izquierda, delimitados por dos Cruces de Hierro. Poco después un motivo muy semejante adornaría el billete de 100 marcos: una Germania joven sentada bajo un vasto roble con escudo de armas y espada, y la corona imperial sobre la cabeza. A sus pies, los fundamentos del bienestar: arado, yunque, rueda dentada y caduceo, mientras por el fondo atravesaba la «resplandeciente» armada.

El recuerdo del comienzo del siglo que acababa de terminar; el agradecimiento por lo logrado, la unificación del Estado nacional; el apenas disimulado gran orgullo sobre el presente y la esperanza de un futuro aún más grandioso: de todo esto hablaban innumerables retrospectivas sobre el siglo pasado, editoriales, solemnes discursos y otros comunicados. Es evidente que reflejaban algo de la fe en el progreso, del «sentimiento de vida» que inundaba a este joven y dinámico Estado nacional; y también de aquello que desconcertaba e irritaba a los países vecinos. «¿Qué era Alemania a comienzos de siglo?», preguntaba el periódico liberal *Vossische Zeitung*, agregando la respuesta: «Apenas un concepto geográfico». «¿Qué eran los príncipes hace cien años? No pensaban en una patria alemana». «¿Qué era la burguesía? Estaba subyugada y amordazada». «¿Qué era el campesino a comienzos del siglo? No mucho más que un esclavo blanco» (*Vossische Zeitung*, 1900, núm. 2). En contraposición, en la transición al siglo xx, el Imperio alemán presentaba «la imagen de un Estado bien ordenado y en próspero desarrollo»; el año 1900 constituía «un importante hito en el camino a la consolidación interna del Estado unificado recién surgido y fortalecido»: así lo registraba con orgullo el catálogo oficial para la Feria Mundial de París, en la cual Alemania se presentaba como potencia cultural y económica (*Weltausstellung*, 1900, 1). Economía y desarrollo técnico fueron los requisitos para que el

Imperio alemán pudiese ingresar por «la puerta abierta del siglo, dispuesto a la lucha [...] con el puño cerrado en un brazo de armadura de hierro, amenazando a aquel que con malvada altanería se atreviera a molestar nuestra paz». «Un cerco férreo de armas ciña nuestras sagradas fronteras y mostremos nuestras banderas en lejanos mares»: en este lenguaje marcial se expresó el rector de la Escuela Técnica Superior de Karlsruhe en su discurso con motivo de la conmemoración del centenario (Berghoff, 2000: 53 y ss.). Su colega de la Friedrich-Wilhelms-Universität de Berlín, el filólogo clásico Von Wilamowitz-Moellendorf (1848-1931), también dejó atrás la mera unificación del Imperio. En sus palabras, «el ascenso de Alemania a potencia mundial constituiría» para siempre el «contenido fundamental del siglo XIX [...] en la memoria de la humanidad»; y visualizaba como demiurgo y «escuela de la nación» al ejército. Él fue el que consumó el paso de la idea al hecho: «Que la nuca esté tan recta, el pecho tan libre y la vista tan clara, el hombre alemán se lo debe al sentimiento de honor viril que le infundió la educación del ejército» (Salewski, 1971: 351 y ss.).

Asimismo, con el cambio de siglo «el proletariado con conciencia de clase» atravesó «el umbral al siglo XX con valiente júbilo y orgulloso de esperanza», según destacó Franz Mehring (1846-1919), uno de sus inspiradores, en el órgano teórico central del movimiento. Si el siglo XIX había sido «un siglo de esperanza», el siguiente sería «un siglo de realización». Era el desarrollo de las fuerzas productivas lo que le hacía confiar plenamente en la victoria. «Progresos en todos los ámbitos de la actividad humana», que ni los espíritus más osados sospechaban, se veían acompañados y coronados por la «lucha de emancipación proletaria, ya no como mítica sino como real y verdadera redención del género humano» (Mehring, 1899-1900: 385 y ss.). Fe en el progreso y optimismo en el futuro encontraron su expresión emblemática en el cuadro «de una enorme locomotora de la construcción más moderna que, adornada con guirnaldas y ocupada por dos animados proletarios típicos agitando sus gorros, corría a todo vapor hacia un cambio de vías desde el que un ramal conducía hacia un portal de columnas coronado con laureles donde estaban grabadas las palabras “el nuevo tiempo” [...]». Una mujer fornida con el ropaje de la Revolución francesa y gorro frigio —la personificación alegórica de la socialdemocracia— se encontraba en primer plano junto a la palanca de cambio del puesto, dispuesta a desviar la vía [...] a fin de aprovechar la dinámica propia del capitalismo» para conducir el desarrollo a un nuevo carril, al derrotero hacia «el nuevo tiempo» (Welskopp, 2000: 17). *El Nuevo Tiempo* también era el título programático de la revista ya mencionada. Si bien con sus propias banderas, no cabía duda de que también la socialdemocracia alemana compartía el orgullo sobre el presente y las expectativas de futuro.

1.4. Viena

En diciembre de 1898 también Viena conmemoraba un aniversario de coronación: desde hacía cincuenta años gobernaba el emperador Francisco José (1830-1916). Pero el homenajeado no estaba con ánimo para festejos. Pocas semanas antes un anarquista italiano había asesinado a la emperatriz Isabel (1837-1898) junto al lago de Ginebra. Fue desde cualquier punto de vista un hecho sin



Mapa 1

El orden estatal de la Europa central y oriental a inicios del siglo xx.

sentido, puesto que la emperatriz austriaca no era precisamente una representante de importancia vital de ese «gran» mundo que el anarquista odiaba. Hacía años que Isabel huía permanentemente de la corte y sus obligaciones tanto como de sí misma; sufría depresiones, problemas de alimentación y edemas por hambre, y se había hospedado en el hotel Beau Rivage de Ginebra bajo el seudónimo de condesa de Hohenembs. Cuando el autor del atentado, que en realidad buscaba eliminar al pretendiente al trono francés, se enteró de la presencia de incógnito de la emperatriz, puso fin a su vida con una lima.

Francisco José habría reaccionado ante la noticia con la resignada observación de que, por lo visto, «nada se le iba a ahorrar» en este mundo. Diez años antes, su único hijo y heredero al trono, Rodolfo (1858-1889), debido al estilo de vida que llevaba y a las disputas con su padre por asuntos políticos, se había suicidado en Mayerling, arrastrando también a la muerte a su joven amante. Su trágico fin convirtió en heredero al trono al hermano menor de Francisco José, Carlos Luis (1833-1896). Cuando también Carlos Luis falleció, el privilegio pasó al hijo mayor de este, Francisco Fernando (1863-1914), pero cuando le fue diagnosticada tuberculosis, durante algún tiempo pareció incierto que pudiera suceder al emperador. Una vez superada la crisis de salud, expuso sus planes matrimoniales, que fueron denegados por Francisco José. Sin embargo, el emperador acabó consintiendo a condición de que los hijos de ese matrimonio quedaran excluidos de la sucesión al trono. Francisco Fernando tuvo que doblegarse y el 28 de junio de 1900, en una solemne ceremonia humillante para él, hizo una declaración de renuncia juramentada en el castillo de la corte de Viena en presencia del emperador y de todos los archiduques, del ministro de Relaciones Exteriores y del de la Casa Imperial y Real, de los ministros presidentes de Austria y de Hungría, de los altos dignatarios de la corte, del cardenal-arzobispo de Viena y del primado de Hungría. Ni el emperador ni los archiduques participaron en su boda.

Todo esto tuvo consecuencias. La desintegración de la familia imperial y la incertidumbre respecto a la sucesión al trono aumentaban las dudas acerca de la subsistencia misma del imperio. ¿Qué otra cosa mantenía unida a la doble monarquía, al imperio multinacional de alemanes, magiares, checos, polacos, rutenos, rumanos, croatas, serbios, eslovacos, eslovenos, italianos y judíos sino la dinastía, la autoridad de Francisco José y la lealtad hacia la casa real? Después del acuerdo de 1867, el Imperio Habsburgo quedó conformado por dos Estados soberanos: el Imperio austriaco cisleithano y el Reino húngaro transleithano (así llamados por un pequeño afluente del Danubio, el Leitha), que solo consideraban tareas comunes la política exterior, los asuntos militares y los gastos necesarios para cubrir ambos. Otras cuestiones que precisaban su acuerdo mutuo debían ser zanjadas en conversaciones bilaterales muchas veces complicadas y de larga duración, hecho que dificultaba aún más la capacidad de acción del imperio en su conjunto. Y eso no era todo. En la parte austriaca los alemanes apenas constituían el 36 por 100 de la población, mientras que los magiares, en la húngara, alcanzaban poco más del 51 por 100; además, aunque de estructuras muy diferentes, tanto Austria como Hungría estaban igualmente mal preparadas para las disputas en ciernes con las minorías nacionales.

Hungría se entendía como una unidad estatal, apoyada en un sistema electoral desigual, y no estaba dispuesta a permitir que surgiese una oposición organizada. Aunque a comienzos de siglo Budapest rebosaba «de fuerza física y espiritual», pocos años más tarde también se manifestó allí la «trágica fisura entre Hungría y Budapest, entre cristianos y judíos, entre liberales de la vieja guardia y nuevos radicales» (Lukács, 1990: 15, 235). Dividida en 17 unidades territoriales distintas, la Austria cisleithana intentó satisfacer los deseos de participación de las nacionalidades mediante una flexibilización del derecho al voto, pero no logró cohesionar las fuerzas centrífugas. Cuando pretendió zanjar la disputa idiomática mediante disposiciones gubernamentales y la introducción del checo al lado del alemán como segunda lengua oficial en Bohemia y Moravia, se produjeron a fines de 1897 escenas de graves desórdenes en el Parlamento cisleitano, el Reichsrat, que se extendieron a las calles: este hecho determinó que el emperador dispusiese el cierre del mismo y cesase al primer ministro responsable. Con ello se afianzó el convencimiento de que los problemas del Estado multinacional no se podían solucionar por la vía del consenso, que intentos de esta naturaleza alimentaban el radicalismo y que la tranquilidad y el orden solo podían mantenerse desde arriba y, en caso necesario, mediante el uso de la fuerza militar. Las elecciones municipales de Viena también parecieron confirmar que la ampliación del derecho de voto favorecía el populismo y la demagogia. Estas elecciones pusieron fin a la época liberal a mediados de la década de 1890, elevando a los socialcristianos y a su candidato Karl Lueger (1844-1910), quienes consiguieron el apoyo del electorado con consignas clericales, comunal-socialistas, antisemitas y antihúngaras. La reiterada negativa del emperador a confirmar a Lueger como burgomaestre de Viena no hizo más que aumentar su número de votos en las siguientes elecciones. Por fin Francisco José se resignó y aceptó que ocupara el cargo en la primavera de 1897.

Si las rivalidades entre las naciones y las nacionalidades eran las que determinaban la política europea, Austria resultaba ser una Europa en miniatura, y la Viena política se anticipó a experiencias que habrían de condicionar al continente en el período de entreguerras. No por casualidad fue en esa ciudad donde en el quinquenio anterior a la Primera Guerra Mundial Adolfo Hitler (1889-1945) experimentó años cruciales de aprendizaje e itinerarios (Hamann, 1997).

En la antigua grandeza imperial, con la cultura burguesa de la Avenida del Ring y la indigencia en los suburbios, la crisis de la cosmovisión liberal que concebía al ser humano como un ente racional, esperando del dominio científico de la naturaleza y de su autocontrol moral la creación de una sociedad venturosa, así como el descubrimiento de que el hombre no solo está guiado por la razón sino también, y acaso más, por sentimientos e instintos, ofreció grandes temas a la literatura, el arte y la ciencia. En la búsqueda del mundo como es y no como debería ser, la «pluralidad de una cultura que se nutría de la variedad nacional, de la coexistencia social entre cultura de élite y cultura popular, y del entrelazamiento de “provincia” y “metrópoli”» se evidenció como un ambiente sumamente creativo (Rumpler, 1997: 524). De este ambiente surgieron Karl Kraus (1874-1936), Arthur Schnitzler (1862-1931) y Hugo von Hofmannsthal (1874-1929); Otto Wagner (1841-1918), Gustav Klimt (1862-1918) y Egon Schiele (1890-1918);

Johann Strauss (1825-1899), Franz Lehár (1870-1948), Gustav Mahler (1860-1911) y Arnold Schönberg (1874-1951); Sigmund Freud (1856-1939), Ernst Mach (1838-1916) y Ludwig Wittgenstein (1889-1951), unidos y divididos en la disputa entre tradición y modernidad, historicismo y funcionalismo, metafísica y empirismo (o lo que se entendía por ello respectivamente), en una «animada Apocalipsis» (Hermann Broch) entre Eros y Tánatos, entre porfiada fe en el progreso y ambiente de fin del mundo.

1.5. San Petersburgo

También San Petersburgo se preparaba para un jubileo. En 1703, durante las Grandes Guerras Nórdicas, el zar Pedro (1672-1725) hizo erigir allí un fortín como primer germen de la ciudad, que nueve años más tarde se convertiría en la nueva capital de Rusia. Un acto en apariencia insensato porque el nuevo «centro» se encontraba en el extremo más alejado del imperio, en una franja limítrofe finlandesa recién conquistada. Por otra parte, el paisaje fluvial pantanoso, la desembocadura del delta del río Neva en el mar Báltico, no eran precisamente los terrenos más adecuados para la construcción. Sin embargo, la decisión marcó un nuevo comienzo con pretensiones simultáneas de poder exterior y programa político interno. El Imperio zarista estaba resuelto a ascender de Estado marginal a gran potencia europea y a adecuar sus condiciones internas a las de la Europa occidental que había conocido Pedro durante su gran viaje por las ciudades bálticas, Prusia, los Países Bajos, Inglaterra, Austria y también su enemigo bélico Suecia. El nuevo poder internacional solo podía cimentarse en una europeización de esta naturaleza a escala nacional y, por tanto, fueron europeos de estilo barroco y después rococó y clasicista los palacios y las residencias de los zares construidos en el siglo siguiente en el centro y en los alrededores de la ciudad (en Oranienbaum, Peterhof, Carskoe, Selo, Gatčina y Pavlosk); los complejos de edificios para la administración militar y civil; las instalaciones para arte y cultura, teatro y museos; la arquitectura sacra representativa; y los palacios de la alta nobleza, como los de los Voroncovs, Šeremetevs, Šuvalovs, Stroganovs, Orlov o Jusupovs.

Hasta fines del siglo XIX la población creció a 1,4 millones de habitantes, casi un 40 por 100 en la última década, y no se podía prever cuándo llegaría a su término la vorágine migratoria. Alrededor del centro urbano se habían establecido empresas industriales de los sectores metalúrgico y textil, pero también papeles, imprentas, plantas de producción de alimentos y de productos químicos, en muchos casos, con miles de empleados. San Petersburgo se había convertido en el centro de la industria pesada y del comercio; y su calle principal, Nevskij-Prospekt, en la dirección distinguida del gran y pequeño negocio, de los bancos y compañías de seguros, de notarios y abogados, de imprentas y fotógrafos, de los negocios de joyas y de moda, de tiendas de comestibles finos, de librerías, almacenes de vinos y cigarros, de cafés y restaurantes. Todos ellos convirtieron las fachadas de las casas en columnas de anuncios. Los tranvías, todavía tirados por caballos, se hicieron cargo del tráfico de pasajeros; en la década siguiente pasaron a manos de la comuna y fueron electrificados (Schlögel, 1988).

Cinco estaciones terminales y una red ferroviaria de más de 50.000 km ya conectaban a San Petersburgo con el resto del imperio y, sin embargo, a veces se tenía la impresión de que la disparidad entre ciudad y campo, entre centro y periferia, no se acortaba sino que crecía, aunque no en sentido literal sino figurado. Cuanto más rápido era el ritmo de desarrollo que mostraba la capital, más le costaba seguir su paso al resto del país; y cuanto más grande y moderna se volvía San Petersburgo, más parecía perder aquello que una vez constituyó «Rusia». En la distancia no todos contemplaban esto como un hecho positivo. Al zar Nicolás (1868-1918) tampoco le gustaba la ciudad y la evitaba, pues se sentía mejor en su palacio de verano de Carskoe Selo o en la vieja capital Moscú. El ajetreo de la nueva le parecía expresión de un espíritu racionalista, contrario al carácter ruso. En 1903, con motivo de un baile de disfraces para conmemorar los doscientos años de la fundación de San Petersburgo, se presentó con un antiguo atuendo tradicional ruso que al parecer incluso pensaba introducir en la corte porque creía que con ello honraba una época en la cual el zar todavía gobernaba autocráticamente, como patriarca, sin el moderno aparato estatal y funcional (Wortman, 1985).

Lo que Nicolás evocaba era la crisis de la autocracia. Y cuanto menores perspectivas había de superarla con carisma personal, bienestar económico o éxitos en la política exterior, tanto mayor era la tendencia a recurrir al vínculo espiritual y la unidad en la fe ortodoxa que, real o supuestamente, todavía mancomunaba a pueblo y gobernante para de este modo convocar el apoyo de la Iglesia. Por eso en 1903, junto con la conmemoración bicentenaria de la fundación de la capital por el zar Pedro, el zar Nicolás gestionó la santificación de un monje eremita, Serafim de Sarov (1760-1833), de la gobernación de Tambov, imponiéndola en un procedimiento acelerado y publicitándola en un gran acto religioso. Nicolás arribó con lo más encumbrado de la sociedad, más de 300.000 personas de todas partes de Rusia imitaron su ejemplo y voces en la prensa festejaron el lugar como símbolo del vínculo espiritual que unía al zar con el pueblo. Pero esta demostración de unidad no resultó del todo satisfactoria. Hubo círculos eclesiásticos que criticaron el apresuramiento; los liberales, los altos costos, y entre los fieles causaron inquietud los rumores que cundían sobre los resultados de los análisis y sobre que los restos mortales de Serafim se estaban descomponiendo. Además, la ceremonia celebrada en el lugar del eremita no se diseñó como era preciso para convertirse en símbolo de unidad entre pueblo y zares. Solo lograron acceso a la ermita unas pocas personas de los círculos más encumbrados que contaban con los pases exigidos; el pueblo sencillo, la multitud de enfermos, pobres, ciegos, cojos, sordos que habían hecho el viaje con la esperanza de que se obrara un milagro quedaron fuera. Las instancias gubernamentales ni siquiera se preocuparon de que no faltara alojamiento y comida. De este modo, toda la empresa fue un fracaso. En lugar de mostrar una salida de la crisis y simbolizar la unidad del país, no logró dar una respuesta; más bien puso de manifiesto las contradicciones y ratificó la experiencia de que ni siquiera era posible satisfacer las necesidades básicas del pueblo. Por tanto, una vez finalizado, el evento cayó rápidamente en el olvido; al año siguiente ya faltó el flujo de peregrinos. En ningún caso podía esperarse que proviniesen de los sectores no rusos, no ortodoxos del imperio multinacional y multiconfesional (Freeze, 1996).

1.6. Aspectos en común

La fugaz ojeada sobre Londres, París, Berlín, Viena y San Petersburgo muestra los diferentes estados de ánimo y sensibilidades ante el espectro de los problemas europeos. Pero quien los observe más de cerca consigue descubrir aspectos comunes, identidades europeas compartidas. Las imponentes posesiones ultramarinas de Inglaterra convertían a Londres en el centro de un «imperio mundial», y saltaba a la vista que la mayor parte de los Estados europeos hacían todo lo posible por imitarla, a no ser que ya poseyeran territorios ultramarinos desde tiempo atrás. Entre las viejas potencias coloniales se encontraban Portugal, España, Francia, los Países Bajos y Rusia; entre las nuevas, Bélgica, Alemania e Italia. Como demuestra un vistazo al mapa político, a finales del siglo XIX se habían dividido entre ellas toda África, sin explorar hasta mediados de dicho siglo. La parte del león cayó en manos de Gran Bretaña y Francia, pero también tuvieron participación Alemania, Bélgica, Portugal, España e Italia. Política colonial e imperialismo definieron la época, y grandes porciones del mundo se gobernaban desde Europa.

Para tratar de justificarlo se aducía que era necesario garantizar a la «madre patria» materias primas y mercados de consumo, así como espacio vital adicional para la población en aumento. La justificación remitía a dos desarrollos europeos comunes, aunque de diferente intensidad según los Estados: el crecimiento demográfico y la industrialización. Así, la población europea ya había aumentado más del 40 por 100 en la primera mitad del siglo XIX y rozó el 50 por 100 en la segunda mitad, en una tendencia que se iba a prolongar una vez concluido el siglo. Si en 1850 vivían 267,6 millones de personas en Europa al oeste de los Urales, en 1900 ya eran 398,7 millones y en 1913 se alcanzaron los 464 millones. En el mismo período, más de 40 millones de personas habían abandonado Europa, y probablemente habrían sido muchos más los emigrantes si el desarrollo industrial paralelo no hubiese facilitado ofrecer trabajo y pan a millones de habitantes. De este modo, el producto interior bruto aumentó mucho más que la población y llegó a triplicarse con creces entre 1850 y 1913 (Fischer, 1985). La Feria Mundial de París mencionada más arriba demostró la medida en que este desarrollo, con la producción en masa, la electricidad y el ferrocarril, modificó la vida cotidiana de los individuos con mayor rapidez y profundidad que en todos los siglos anteriores en su conjunto.

También Alemania aludía a la magnitud de su población y al potencial de su industria cuando desde la última década del siglo XIX demandaba a voz en grito su «lugar bajo el sol». Si a mediados de ese siglo todavía se encontraba a la zaga del rival francés, en el paso al siglo XX había dejado atrás a Francia en ambos aspectos y estaba camino de desplazar a la hasta entonces primera potencia, Gran Bretaña, en volumen de creación de riqueza económica (lo que evidentemente sucedió hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial). Los indiscutibles logros económicos y las expectativas futuras basadas en ellos tenían muchas facetas: ayudaban a mitigar conflictos sociales internos, facilitaban la integración de la socialdemocracia en el Estado burgués y convencían a los trabajadores de que

tenían «más que perder que sus cadenas». Pero aquellos logros también se podían utilizar hacia el exterior, engranándolos con la reivindicación de un mayor derecho de intervención a «nivel mundial» o, como lo expresara el canciller Bernhard von Bülow (1849-1929) en el paso al siglo XX, con el firme propósito de no ser más «yunque» sino «martillo», subrayando este compromiso incrementando el armamento y, más concretamente, con la construcción de una escuadra marina de alta mar. Al proceder de este modo, el gobierno imperial, según Bülow, «únicamente tomaba en cuenta las condiciones de vida nacionales modificadas» que se caracterizaban por el aumento demográfico y la industrialización: «En su crecimiento a consecuencia del resurgimiento estatal, las rejuvenecidas fuerzas de la nación han roto las fronteras de la vieja patria, y la política ha dado cabida a los nuevos intereses y necesidades nacionales» (Bülow, 1916: 8 y ss.).

Puntos de referencia permanentes debían ser la nación y el Estado nacional porque les pertenecía el futuro: esta convicción también era un sentimiento europeo compartido, y hacía del Imperio Habsburgo un anacronismo. En una época en la que el sufragio universal se expandía cada vez más, los conflictos internos austriacos parecían confirmar esta convicción. La sensibilidad especial creada por la precaria situación había propiciado una crisis de sentido y espíritu que predisponía al escepticismo frente a viejos conceptos e incitaba a probar nuevos, y fue el trasfondo para un florecimiento de la literatura, el arte y la ciencia, como lo demostraba Viena hacia el cambio de siglo. Sin embargo, en ninguna parte quedó sin consecuencias la vertiginosa y demoledora transformación social que habían traído consigo la industrialización, la urbanización y las migraciones. Pero como la otra cara de la moneda de la libertad y la autonomía, el desarraigo, la inseguridad y el temor social se ocultaban detrás de nuevas fachadas de fe en el progreso y optimismo; se intentó además llenar con nuevos contenidos los vacíos que dejaron la secularización y el desvanecimiento de la Iglesia como institución: el trabajo, la familia, la cultura, la educación y —con énfasis especial— la nación se convirtieron en nuevos ámbitos sacros de religiosidad intramundana (Ulbricht, 1998: 47). Por ello, la percepción de crisis y su superación, el trastorno de los sistemas de sentido y normas tradicionales, la búsqueda de nuevas formas de vida con el cambio de siglo no solo preocuparon a los intelectuales austriacos, sino también a Alemania, aunque se hallara en situación bien distinta: solo así puede explicarse la influencia del pesimismo fundamental de Friedrich Nietzsche (1844-1900) en aquel tiempo (Aschheim, 1996).

Aunque situada al margen, Rusia formaba parte de toda esta evolución. Por su política colonial también adquirió en el siglo XIX grandes territorios poco desarrollados con otras lenguas, culturas y religiones. Pero a diferencia de las posesiones coloniales de otras potencias, las suyas no se encontraban en lejanos continentes, sino que colindaban en Asia central con la «madre patria», con lo que se convirtieron, como antes había sucedido con las adquisiciones territoriales de los siglos XVI, XVII y XVIII, en parte del imperio. Hasta mucho después no se mostraría el potencial de conflicto inmerso en este proceso ni se engendraría presión. Asimismo, Rusia participó del desarrollo europeo en crecimiento demográfico, económico y urbanización. Entre 1850 y 1910 la población en los territorios al occidente del Ural se duplicó, y en los treinta años que transcurrieron entre 1867

y 1897 también lo hizo la población urbana. El producto interior bruto creció con mayor intensidad que la población, pero si se calculaba por habitante apenas alcanzaba el valor de un quinto del británico y de un tercio del alemán. Y aunque el 13 por 100 de la población que vivía en 1897 en ciudades con más de 5.000 habitantes había ascendido al 20 por 100 en 1913, en Gran Bretaña dicho porcentaje llegaba al 75 por 100, y en Alemania, al 50 por 100. Esto no significa que algunas ciudades no hubiesen crecido exponencialmente: San Petersburgo de 500.000 habitantes en 1867 a 1,26 millones en 1897 y a 2,2 millones en 1914; Moscú de 350.000 habitantes en 1867 a 1,04 millones treinta años más tarde y a 1,77 millones en 1914. También el número de habitantes de Riga, Kiev y Tiflis habría de duplicarse entre 1897 y 1914 (Fischer, 1985). Sin mencionar siquiera la periferia de Siberia y Asia central, era esto lo que hacía aún más llamativa la diferencia con la aldea, donde continuaba viviendo entre el 80 y el 90 por 100 de la población. Esta situación acrecentaba a su vez el escepticismo sobre si la vía «occidental» seguida por Rusia era la correcta, si el país no debería haberse ahorrado «el capitalismo». Este escepticismo no se limitaba al campo conservador: también hacía una profunda mella en el movimiento revolucionario, donde se buscaba mayoritariamente un camino propio, ruso, entre la autocracia existente y la modernización occidental.

2. ALEMANIA: ¿POTENCIA MUNDIAL O DECADENCIA?

En la primavera de 1912 apareció en la editorial Cotta el estudio *Alemania y la próxima guerra*, que alcanzó varias ediciones en poco tiempo. Su autor era el general retirado Friedrich von Bernhardi (1849-1930). A su entender, Alemania «se encontraba enfrentada a una firme falange de enemigos» y en la encrucijada de mostrarse dispuesta a defender, caso necesario «con la espada», la posición mundial alcanzada, o bien a «renunciar a ella del todo». Postulaba la alternativa de «potencia mundial o decadencia». El desengaño sobre el resultado de la (segunda) crisis de Marruecos fue lo que dio origen al libro, que obtuvo gran resonancia. Lo que había comenzado como demostración de poder con el envío de la cañonera *Panther* a Agadir en el verano de 1911 terminó de forma lastimosa al final del año: Alemania dejó en manos de los franceses Marruecos y se conformó con frutos coloniales más pequeños en África central.

Una vez más el gobierno imperial se había enredado en su propia estrategia: había subestimado la firmeza de la Entente Cordiale que desde 1904 aunaba a Francia y Gran Bretaña, y ante el apoyo que París recibió de Londres, dio marcha atrás. Pero dentro de sus fronteras no pudo deshacerse de los fantasmas nacionalistas que había despertado al buscar apoyo a su posición y al haber esperado un éxito que le otorgara prestigio; políticos pangermanistas, conservadores y nacional-liberales le reprochaban haber traicionado intereses «nacionales» y haberse despedido «del círculo de las grandes potencias». De forma similar pensaba la cúpula militar. En el momento más álgido de la crisis durante aquel verano, cuando las relaciones diplomáticas con Francia se habían roto temporalmente, el jefe del Estado Mayor, Helmuth von Moltke (1848-1916), amenazó con que renunciaría «si de este asunto se salía nuevamente a hurtadillas y con el rabo entre

las piernas», en vez de «imponer con la espada» las propias reivindicaciones. En el mismo sentido argumentaba el libro de Bernhardi al tratar de explicar al lector que a la larga la guerra difícilmente podría evitarse, a no ser por el precio de la decadencia y que en ningún caso debía esperarse hasta que el enemigo hubiera terminado de aprovisionarse con armamento. Por lo demás, la guerra en la lucha por la existencia era una «necesidad biológica»; sin ella «razas inferiores o pervertidas sofocarían fácilmente a los elementos sanos, con fuerza generadora, y como consecuencia se llegaría a una decadencia general» (Bernhardi, 1912: 14).

A pesar de que Theobald von Bethmann Hollweg (1856-1921), canciller del Imperio en ejercicio desde 1909, declaró en sede parlamentaria en la primavera de 1912 que no se deberían dejar arrastrar a una guerra mundial por minorías fanáticas, se daba buena cuenta de la difícil situación en la que se había puesto el Imperio. La segunda crisis de Marruecos se presentaba como una copia de la primera. Cuando a fines de marzo de 1905 Guillermo II desembarcó en Tánger para interceder en favor de los derechos del sultán, demandar una política de puertas abiertas, poner coto a las pretensiones francesas y solicitar una reunión de las potencias, logró que llegara a celebrarse una gran conferencia internacional en Algeciras, en el sur de España. Sin embargo, su resultado constituyó una derrota para Berlín. Exceptuando al Imperio austrohúngaro, el Imperio alemán quedó aislado en dicha conferencia y Francia obtuvo el derecho de explorar Marruecos. La derrota presagiaba la debacle de la «política mundial» de Berlín: el intento de cuestionar el *statu quo* global con una política de prestigio errática y obligar a Gran Bretaña a ceder ante un armamentismo naval forzado. En vez de avenirse a un arreglo con el Imperio, Londres aceptó el desafío y replicó sobrepasando las intenciones alemanas con nuevas construcciones propias; además, en 1904 pactó con Francia la ya mencionada Entente Cordiale. Aunque el canciller del Imperio, Bülow, había pasado la consigna de que no habría «flema suficiente» para lo que se avecinaba, la realidad lo desmintió, y en la primera crisis de Marruecos la Entente puso a prueba su capacidad de resistencia. La segunda crisis de Marruecos corroboró la experiencia: en su punto culminante en el verano de 1911 se elaboró un plan de operación conjunto franco-británico al que al año siguiente se sumaron acuerdos respecto a la marina.

Mientras tanto, otra convicción básica de la política exterior de Berlín también se demostró errada. Había partido de la insuperable confrontación mundial entre los intereses rusos y británicos, pero San Petersburgo y Londres firmaron en el verano de 1907 un acuerdo mediante el cual zanjaron sus diferencias en el Medio Oriente y Asia central (en Persia, Afganistán y Tíbet). Este acuerdo complementaba la convención militar que existía desde los años noventa del siglo XIX entre París y San Petersburgo, que a su vez fue ampliada por un acuerdo naval en junio de 1912. A pesar de que en buena medida Alemania se debía a sí misma estos resultados, desde entonces empezó a circular la palabra de «cerco». Ni el intento de derribarlo mediante demostraciones de poder (como en las crisis de Marruecos) ni el de socavarlo por un acuerdo con Rusia (tanteado en 1905 en Björkö, durante la entrevista de Potsdam en 1910, y en el puerto Paldiski dos años más tarde) lograron revertir la situación. Y ya que Guillermo II y su ministro de Marina (con el título de secretario de Estado), Alfred von Tirpitz (1849-